

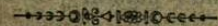
é imitar á Cristo, no habeis de pensar que está acabado el negocio y que habeis alcanzado ya la virtud de la humildad; antes entonces habeis de hacer cuenta que ha de comenzar de nuevo el plantar y asentar en vuestra alma la virtud. Y así habeis de procurar no pasar ligeramente por esos deseos, sino deteneros en ellos muy de espacio, y ejercitaros mucho tiempo en ellos en la oración, hasta que lleguen á ser tales y tan eficaces que se estiendan á la obra. Y cuando llegáredes á eso, que os parece que lleváis bien las ocasiones que se os ofrecen, en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar á la perfección de la humildad. Porque lo primero es menester que os ejerciteis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, que tocaren á vuestro desprecio y desestima: en lo cual habrá que hacer por algún tiempo, y aun por ventura por mucho. Después habeis de pasar adelante y no parar ni descansar hasta que os holgúeis en el desprecio y afrenta, y sintáis en eso tanto contento y gusto como los mundanos en cuantas honras, riquezas y placeres hay en el mundo, conforme á aquello del Profeta: "Me deleité en el camino de tus Mandamientos, como se alegran otros en todas las riquezas (1)." Cuando deseamos alguna cosa de veras, naturalmente nos holgamos cuando la alcanzamos, y si mucho la deseamos, mucho nos holgamos; y si poco, poco. Pues tomad esto por señal para ver si deseais de veras ser tenido en poco y si vais creciendo en la virtud de la humildad. Y lo mismo es en las demás virtudes.

Para que nos aprovechemos más de este medio de la oración y con él se nos vaya imprimiendo más en el corazón la

(1) In via testimoniorum tuorum delectatus sum, sicut in omnibus divitiis. Ps. CXVIII, 44.

virtud, habemos de ir en ella descendiendo á casos particulares y dificultosos que se nos pueden ofrecer, animándonos y actuándonos en ellos como si los tuviésemos presentes, insistiendo y deteniéndonos en eso hasta que ninguna cosa se nos ponga delante, sino que todo quede allanado, porque de esa manera se va desarraigando el vicio, y la virtud embendiendo y entrañando en el corazón y perfeccionándose más. Es muy buena comparación para esto lo que hacen los plateros para refinar el oro: derritenlo en el crisol, y cuando está derretido, echan allí un granito de solimán y comienza el oro á hervir con grande furia y braveza hasta que se acaba de gastar el solimán, y en gastándose sosiégase el oro. Torna el platero á echar otro granito de solimán, y torna el oro á hervir; pero no con tanta furia como la primera vez, y en consumiéndose el solimán tórname el oro á sosegar; torna á echar tercera vez otro poquito de solimán, y torna el oro á hervir, pero mansamente; torna cuarta vez á echar otro poco de solimán y ya no hace ruido el oro con el solimán, ni hace sentimiento más que si nada le echaran, porque está ya refinado y purificado, y esa es la señal de ello. Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer en la oración, echar un granito de solimán, imaginando que se os ofrece una cosa de mortificación y desprecio, y si os comenzáis á azorar y turbar, deteneos en eso, hasta que con el calor de la oración se gaste ese granito de solimán y hagais rostro á aquello, y quedéis quieto y sosegado en ello. Y tornad otro día á echar otro granito de solimán, imaginando que se ofrece otra cosa dificultosa y de mucha mortificación y humillación; y si todavía hierva, y se turba la naturaleza, deteneos hasta que lo gasteis y os sosegúeis en aquello; y tornad á echar otra y otra vez otro granito, y cuando ya

no causare en vos ruido, ni turbación el solimán, sino que con cualquiera cosa que se ofrezca y se os ponga delante os quedais con mucha paz y sosiego, entonces está refinado y purificado el oro; esa es la señal de haber alcanzado la perfección de la virtud.



CAPITULO XXVIII

Cómo habemos de traer exámen particular de la virtud de la humildad.

El exámen particular, como dijimos en su lugar (1), se ha de hacer de una cosa sola, porque de esta manera es más eficaz este medio, y de mayor efecto que si le trajésemos de muchas cosas juntas, y por eso se llama particular, porque se hace de una cosa sola. Y es de tanta importancia esto, que aun un vicio ó una virtud muchas veces, y aun lo más ordinario, es menester tomarla por partes, y poco á poco, para poder alcanzar lo que se desea. Pues así es en esta virtud: si quereis traer exámen de desarraigar la soberbia de vuestro corazón y alcanzar la virtud de la humildad, no lo habeis de tomar en general; porque la soberbia ó la humildad comprende mucho, y si lo tomáis así á bulto y en general «no he de ser soberbio en nada, sino en todo humilde;» es mucho exámen y más que si lo trajérades de dos ó tres cosas juntas, y así no hareis nada, sino habéislo de tomar poco á poco, por partes. Mirad en qué soleis principalmente sentir falta de humildad y tener soberbia, y de eso comenzad; y en concluyendo con una cosa particular, tomad á pechos otra, y después otra, y de esa manera poco á poco ireis desarraigando de vos el vicio de la soberbia y alcanzando la virtud de la humildad. Pues estas cosa

iremos ahora dividiendo y desmenuzando, para que así podamos hacer mejor y con más provecho el exámen particular de esta virtud tan necesaria.

Sea lo primero, de no hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Como nos es tan natural este apetito de honra y estimación y le tenemos tan arraigado en el corazón, casi sin sentir, ni advertir en ello, se nos va la lengua á decir palabras que puedan redundar en nuestro loor directa ó indirectamente; "porque de la abundancia del corazón habla la boca (1)." En ofreciéndose alguna cosa honrosa, luego nos querríamos hacer parte en ella: «yo me hallé allí y aun fui en que se hiciera así; si no fuera por mí, etc. Desde el principio se me ofreció á mí aquello.» Yo aseguro que si la cosa no fuera tal, que aunque os hubiérades hallado y sido parte en ella, que lo callárades. A este modo hay otras palabras que muchas veces no echamos de ver hasta que después las habemos dicho; y así es muy bueno traer exámen particular de esto, para que con esta advertencia y costumbre buena quitemos esotra mala.

Lo segundo sea lo que nos avisa San Basilio (2), y es también de los Santos Gerónimo, Agustino y Bernardo, que no oigamos de buena gana que otro nos alabe y diga bien de nosotros; porque en esto hay también grande peligro. Dice San Ambrosio que cuando el demonio no nos puede derribar con pusilanimidad y desmayo, procura derribarnos con presunción y soberbia: y cuando no nos puede derribar con deshonor, trata que nos honren y alaben, para derrocarnos por allí. Del bienaventurado San Pacomio se cuenta en su

(1) Ex abundantia enim cordis os loquitur. Math. XII, 34; Luc. VI, 45.

(2) Basil. serm. de exercit. Monast.

(1) 1 part., trat. 7, cap. 4 y 5.

vida, que solia salir del monasterio é irse á partes mas solitarias á orar, y cuando volvia, muchas veces venian los demonios; y como cuando viene un gran ejército con un capitan, con grande acompañamiento, iban delante haciendo mucho estruendo, y como que hacian lugar y quitaban los impedimentos, iban diciendo: «Aparta, aparta, haced lugar, haced lugar, que viene el Santo, que viene el siervo de Dios (1),» para ver si podian por alli levantarle y ensoberbecerle; y él reíase y hacia burla de ellos. Pues hacedlo vos asi, cuando oyéredes que os alaban y cuando os vinieren pensamientos de vuestra estima; haced cuenta que ois al demonio que os dice esas cosas, y reíos y haced burla de él, y así os librareis de esta tentacion.

San Juan Climaco cuenta (2) una cosa muy particular acerca de esto: Dice que una vez el demonio descubrió á un monge los pensamientos malos con que combatia á otro, para que oyendo el combatido, de la boca del otro, lo que pasaba en su corazon, le tuviese por Profeta, y le alabase y predicase por Santo, y asi se ensoberbeciese. De donde se verá cuánto estima el demonio que éntre en nosotros esta soberbia y complacencia vana, pues con tantos ardidés y mañas lo procura. Y así dice San Jerónimo: «Guardaos de las sirenas de la mar que encantan los hombres y les hacen perder el juicio (3).» Es tan dulce música y tan suave á nuestras orejas la de las alabanzas de los hombres, que no hay sirenas que así encanten y hagan á uno salir de sí, y por eso es menester hacernos sordos y tapar los oídos. San Juan Climaco dice que, cuando nos alaban, ponga-

(1) Date locum homini Dei, date locum homini Dei.

(2) Climacus, cap. 22.

(3) Nos ergo ad patriam festinantes mortiferos sirenarum cantus surda debemus aure pertrahere. Hieron.

mos delante nuestros pecados y halláremos indignos de las alabanzas que nos dan, y así sacaremos de ellas mas humildad y confusion. Pues esta puede ser la segunda cosa de que se puede traer exámen particular, de no holgaros que otro os alabe y diga bien de vos. Y con esta se puede juntar el holgaros cuando alaban y dicen bien de otro, que es otra cosa particular de mucha importancia. Y cuando tuviéredes algun sentimiento ó movimiento de envidia, de que alaban y dicen bien de otro, ó alguna complacencia ó contentamiento de que dicen bien de vos, apuntadlo por falta.

La tercera cosa de que podemos traer exámen particular, es de no hacer cosa alguna por ser vistos y estimados de los hombres, que es lo que nos avisa Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: «Mirad no hagais vuestras buenas obras delante de los hombres para ser vistos de ellos, porque no recibireis premio de vuestro Padre Celestial (1).» Este es un exámen muy provechoso y puédesse dividir en muchas partes: primero se puede traer de no hacer las cosas por respetos humanos; y despues, de hacerlas puramente por Dios; y despues, de hacerlas muy bien hechas, como quien las hace delante de Dios, y como quien sirve á Dios y no á los hombres, hasta llegar á hacer las obras de tal manera que mas parezca que estamos en ellas amando que obrando, como dijimos largamente (2) tratando de la rectitud y puridad de intencion que habemos de tener en las obras.

La cuarta cosa de que podemos traer exámen particular, es de no nos excusar; porque tambien nace de soberbia, que, en haciendo la falta ó en diciéndonosla, luego

(1) Attendite ne iustitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in coelis est. Matth. VI, 1.

(2) P. I, trat. 3.

la queremos excusar, y sin sentir echamos una excusa tras otra, y aun de habernos excusado queremos luego dar otra excusa (1). San Gregorio sobre aquellas palabras de Job: «Si escondí como hombre mi pecado (2),» pondera muy bien aquel como hombre; dice (3) que es propio del hombre querer encubrir y excusar su pecado, porque nos viene de casta este vicio y le heredamos de nuestros primeros padres. En pecando que pecó el primer hombre, luego se fué á esconder entre los árboles del Paraiso, y reprendiéndole Dios de su desobediencia, luego se excusó con la muger: «Señor, la muger que vos me distes por compañera me hizo comer (4).» Y la muger se excusó con la serpiente (5). Preguntábase Dios de su pecado, para que conociéndole y confesándole alcanzasen perdon de él; y así, dice San Gregorio, no preguntó á la serpiente, porque á esa no la habia de perdonar: y ellos en lugar de humillarse y conocer su pecado para alcanzar perdon, le acrecientan y hacen mayor, excusándole, y aun queriendo en alguna manera echar la culpa á Dios: «Señor, la muger que vos me distes fué causa de esto,» como si dijera: «si vos no me la diérades por compañera, no hubiera nada de esto. La serpiente que vos criastes y dejastes entrar en el Paraiso, esa me engañó; que si vos no la dejárades entrar acá, no pecara yo.» Dice San Gregorio: como habian oido de la boca del demonio que serian semejantes á Dios, ya que ellos no pudieron ser semejantes á él en la divinidad, quisieronle hacer semejante á sí en la culpa, y así la hacen mayor defen-

(1) Ad excusandas excusationes in peccatis Ps. CXL, 4.

(2) Si abscondi quasi homo peccatum meum, et celavi in sinu meo iniquitatem meam. Job. XXXI, 33.

(3) Greg. lib. 22 Mor. cap. 9.

(4) Mulier, quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno, et comedi. Gen. III, 12.

(5) Serpens decepit me, et comedi. Ib.

diéndola que habia sido cometiéndola. Pues como hijos que somos de tales padres, al fin como hombres, nos quedamos con esta enfermedad y con este vicio y mala costumbre, que en reprendiendonos de alguna falta, luego la queremos encubrir con excusas, como debajo de unas hojas y ramos. Y algunas veces no se contenta uno con excusarse á sí, sino que quiere echar la culpa á otros. Compara un Santo (San Pedro Damian) á los que se excusan, al erizo, que cuando siente que le quieren tomar ó tocar, encoge con grandísima velocidad la cabeza y los pies, y queda por todas partes rodeado de espinas, hecho una bola, que no le podeis tomar, ni tocar, sin punzaros primero (1). De esta manera, dice este Santo, son los que se excusan, que si los quereis tocar, y les decís la falta que hicieron, luego se defienden como el erizo. Y unas veces os punzarán á vos, dándoos á entender que tambien vos habeis menester aquello; otras diciéndoos que tambien hay regla que no reprenda uno á otro; otras diciendo que otros hacen mayores faltas y se disimulan. Llegáos á tocar al erizo, y vereis si punza. Todo esto nace de la mucha soberbia que tenemos, que querriamos que no se supiesen nuestras faltas, ni ser tenidos por defectuosos, y mas nos pesa de que se sepan y la estima que por ello perdemos que de haberlas hecho, y así las procuramos encubrir y excusar cuanto podemos. Y hay algunos tan inmortificados en esto, que aun antes que les digan nada, ellos previenen y se excusan, y quieren dar razon de lo que les pueden oponer: «si hice aquello, fué por esto, y si hice lo otro, fué por esto otro.» ¿Quién os pica ahora que saltais? El estímulo y aguijon de la soberbia que tienen allá den-

(1) Ut prius videas sanguinem tuum, quam corpus suum.

tro en las entrañas, ese les pica y les hace saltar con eso, aun antes de tiempo. Pues el que sintiere en sí este vicio y mala costumbre, será bien traer exámen particular de ello, hasta que no os venga gana de enubrir vuestra falta, sino que antes os holgueis, ya que la hicistes, de que os tengan por defectuoso, en recompensa y satisfaccion de ella. Y aunque no hayais hecho la falta y os reprendan por ella, no os escuseis, que cuando el superior quisiese saber la causa ó razon que tuvisteis para hacer aquello, él la sabrá preguntar, y por ventura la sabe ya, sino que quiere probar vuestra humildad, y ver cómo tomáis la reprension y el aviso.

Lo quinto, es tambien buen exámen el de cortar y cercenar pensamientos de soberbia. Es uno tan soberbio y tan vano, que le vienen muchos pensamientos vanos y altivos, imaginándose en puestos altos y en tales ministerios; ya os hallais predicando en vuestra tierra con grande aceptación é imaginando que haceis mucho fruto; ya os hallais leyendo ó disputando en tales conclusiones con grande aplauso de los circunstantes, ó en otras cosas semejantes. Todo eso nace de la soberbia grande que tenemos, que está brotando y reventando en esos pensamientos; y así es muy bueno traer exámen particular de cercenar y cortar luego estos pensamientos altivos y vanos, como lo es tambien de atajar y cortar luego los pensamientos deshonestos y de juicios, y de otro cualquier vicio de que uno es molestado.

Lo sexto, será tambien buen exámen el de tenerlos á todos por superiores, conforme á lo que nos dice nuestra regla (1): Que nos animemos á la humildad, procurando y deseando dar ventaja á los otros, estimán-

(1) Part. 3 const. c. 1, f. 4; et Reg. 29 Summaria.

dolos en nuestra ánima á todos, como si nos fuesen superiores, y exteriormente teniéndoles el respeto y reverencia que sufre el estado de cada uno, con llaneza y simplicidad religiosa; que es tomada del Apóstol (1). Aunque en lo exterior haya de haber diferencia conforme á los estados y personas; pero cuanto á la humildad verdadera ó interior de nuestra ánima, quiere nuestro Padre, que así como llamó mínima á esta Compañía y Religion, así cada uno de ella se tenga por el mínimo de todos, y que á todos los tenga por superiores y mejores. Pues este será muy buen exámen y muy provechoso, con tal que esto no sea solamente especulacion, sino que en la práctica y ejercicio procureis haberos con todos con aquella humildad y respeto como si os fuesen superiores; porque si vos teneis al otro por superior, no le hablareis con libertad, ni aspereza, y mucho menos palabras que le puedan lastimar ó mortificar, ni le juzgareis tan fácilmente, ni os sentireis de que él os trate ó hable de esta ú otra manera; y así todas estas cosas habeis de notar y apuntar por faltas cuando traeis exámen de esto.

La sétima cosa de que podemos traer exámen particular en esta materia, es de llevar bien todas las ocasiones que se nos ofrecieren de humildad. Soleis-os sentir cuando el otro os dice la palabrilla, ó cuando os parece que no hacen tanto caso de vos como de los otros. Traed exámen de llevar bien esas y las demas ocasiones que se os ofrecieren, que puedan redundar en desestima vuestra. Este es un exámen de los mas propios y provechosos que podemos traer para alcanzar la virtud de la humildad, porque fuera de irnos en esto previniendo para todo lo que se nos ofrece y habemos menester entre dia, podemos en

(1) Ad Phillip. II, 3; ad Rom. XII, 10.

este exámen ir creciendo y subiendo por aquellos tres grados que pusimos en la virtud (1). Primero, podeis traer exámen de llevar todas esas cosas con paciencia; despues, de llevarlas con prontitud y facilidad, hasta que no reparéis, ni hagais caso de nada de eso; despues le podeis traer de llevarlas con alegría y holgaros en vuestro desprecio, en que dijimos consistia la perfeccion de la humildad.

Lo octavo de que puede uno traer exámen particular, así en esta materia como en otras semejantes, es de hacer algunos actos y ejercicios de humildad ú otra virtud de que trajere exámen, así interiores como exteriores, actuándose en aquello tantas veces á la mañana y tantas á la tarde, comenzando con menos actos y yendo añadiendo mas, hasta que vaya ganando hábito y costumbre en aquella virtud. De esta manera, divididos los enemigos, y tomando á cada uno por sí, se vencen mejor y se alcanza mas brevemente lo que se desea.

CAPITULO XXIX.

Cómo con la humildad se pueda compadecer el ser tenidos y estimados de los hombres.

Suélese ofrecer muchas veces una duda acerca de la humildad, cuya solucion nos importa mucho para que sepamos cómo nos habemos de ver en ello. Decimos comunmente, y es doctrina comun de los Santos, que habemos de desear ser despreciados, abatidos y tenidos en poco y que no hagan caso de nosotros. Luego por otra parte se nos ofrece: pues ¿cómo haremos fruto en los prójimos, si nos desprecian y tienen en poco, porque para eso es menester tener autoridad con ellos y que tengan

(1) Véase el capítulo precedente.

buena opinion y estima de nosotros? Y así parece que no será malo, sino bueno, desear ser estimados y tenidos de los hombres. Esta duda tratan los gloriosos Santos Basilio, Gregorio y Bernardo (1). Y responden muy bien á ella; dicen que aunque es verdad que habemos de huir la honra y estimacion del mundo, por el gran peligro que hay en eso, y que cuanto es de nuestra parte, y por lo que nos toca á nosotros, siempre habemos de desear ser despreciados y tenidos en poco; pero que por algun buen fin del mayor servicio de Dios, lícita y santamente se puede desear la honra y estimacion de los hombres; y así dice San Bernardo que es verdad que, cuanto es de nuestra parte, habemos de querer que los otros conozcan y sientan de nosotros lo que nosotros sentimos y conocemos de nosotros mismos, para que nos tengan en lo mismo que nosotros nos tenemos; mas muchas veces, dice, no conviene que los otros sepan eso; y así podemos algunas veces lícita y santamente querer que no sepan nuestras faltas, porque no reciban de ello algun daño y se impida en ellos algun provecho espiritual. Empero es menester que entendamos esto bien, que vamos en ello con tiento y con mucho espíritu; porque semejantes verdades, so color de verdades, suelen hacer grande daño en algunos por no saber usar bien de ellas. Los mismos Santos nos declaran bien esta doctrina, para que no tomemos de ella ocasion de errar. Dice San Gregorio: «Algunas veces tambien los varones santos se huelgan de tener buena opinion y estima cerca de los hombres; pero esto es cuando ven que es medio necesario para que los prójimos se aprovechen y

(1) Basil. in Regul. brev. 189. — Gregor. lib. 29 Moral. cap. 9. — Bern. serm. 42 super Cantica.